



BIOMUSICA®
International



UN DÍA CON LOS LAMAS

(Mario Corradini)

Es un sábado de invierno y estoy en un monasterio budista, idéntico a los que se ven en las postales del Tíbet, con el característico techo con las puntas hacia arriba. Por todos lados hay banderas de muchos colores y el viento frío de enero las hace ondear. La vegetación es abundante y nos rodean los montes Pirineos, que marcan la frontera entre España y Francia. En el patio del monasterio arde un fuego hecho con hojas y ramas secas, dentro de un círculo de piedras blancas. Subo hasta el segundo piso y encuentro a los monjes.

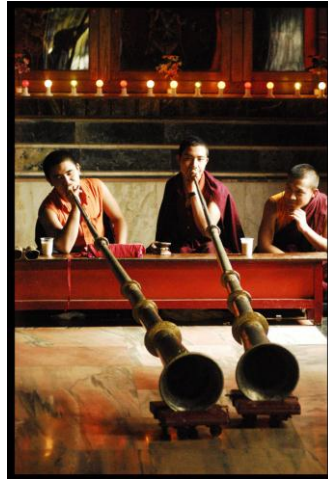
Están construyendo figuras con una especie de masa hecha con harina. Hablan todo el tiempo en su lengua natal y parece que contaran chistes. Tal vez lo estén haciendo de verdad. El lama jefe D'jombi debe medir un metro noventa. Viste la clásica túnica roja y anaranjada, tiene la cabeza rapada y en su rostro se dibuja una sonrisa que parece inmutable.



- *Majo, muy majo - me dice, en perfecto español, a modo de saludo.*
- Me ofrecen té con masitas. Los lamas no comen, siguen con sus figuras de masa.*
- Me presento y, en pocas palabras, les cuento que ando "cazando" sonidos.*
- *Ah...-dicen a coro, mientras siguen trabajando en sus esculturas. Ahora están uniendo las paredes de lo que parece un monasterio o un castillo.*
- *Música, claro, majo, muy majo - dice D'jombi.*
- Pintan las figuras con colores vivos. Pido permiso para sacar algunas fotos.*
- *Templo sí, lamas mejor no - me responden.*



Relaciono esta respuesta a que, en esos momentos, hay protestas en las calles de Lasha, capital del Tíbet. Me cuentan que la construcción es para una ceremonia que se realizará mañana, domingo. Ceremonia, lamas tibetanos, templo,... decido que no me lo puedo perder y pido permiso para grabar. Me responden afirmativamente y me advierten que empezará a las nueve en punto de la mañana.



A las nueve menos veinte del domingo estoy ya listo, con todo el equipo en la puerta del monasterio. Me abre Carlos, un argentino de Rosario, que está haciendo el noviciado como aspirante a monje. No lo puedo creer, dos argentinos en un templo budista, en medio de los Pirineos. Miro a Carlos, su pequeña figura y su piel pálida contrastan con los bronceados y robustos lamas. Lleva la túnica roja, el pelo largo y anteojos. Está por empezar su retiro, que durará tres años, tres meses y tres días. Todo ese tiempo lo pasará en soledad. Lo visitará sólo su lama guía, de cuando en cuando.

Me acompaña hasta un lugar del templo para poner los micrófonos. Me resulta extraño sentirme llamar che Mario entre las banderas del Tíbet. Un lama enciende los sahumerios. Sólo entonces me avisan que la ceremonia durará hasta las seis de la tarde...Me siento sobre tres almohadones, cruzo las piernas y espero. Al rato se escucha un gong y los lamas empiezan el ritual. Alternan oraciones, canciones y mantras. Las oraciones son recitadas en conjunto, al unísono, con ritmos minuciosos y repetitivos. Tienen melodías extrañas para el oído occidental. Cada tanto suenan las trompas tibetanas, de casi dos metros de largo, con un sonido estridente y capaz de sacudir la modorra hasta de los más dormidos. Les adjudico esa función.

Casi todas las canciones son rápidas y aumentan su velocidad a medida que transcurren. La parte rítmica la lleva una fila de tambores enormes, de un metro o más de diámetro, apoyados sobre sus bordes. ¡Otra que discoteca! Entre las trompas, los tambores y los coros, aquí no duerme nadie. Cada tanto doy una ojeada a la computadora, que sigue grabando.

Todo en orden. La grabación transcurre normalmente y en óptimas condiciones acústicas. Las ondas sonoras se dibujan en la pantalla y parecen estallar cuando tocan y cantan todos juntos. Me doy cuenta del contraste entre la computadora y las velas del templo, lo antiguo y lo contemporáneo, pero es un contraste armónico, envuelto en el perfume profundo de los sahumerios.



Después de un largo rato hay una pausa. Algunos salen del templo a tomar aire. Me levanto con las piernas entumecidas y los sigo. En el patio sopla una brisa fresca y agradable. El sol se deja ver apenas. Ignoro cuánto tiempo pasó hasta ahora. Automáticamente miro mi mano izquierda pero me recuerdo que me he sacado el reloj para estar más atento a la ceremonia.

Cuando volvemos a entrar, pasan dos novicios sirviendo té con leche, muy azucarado. Luego el ritual se repite casi idéntico, sólo que ahora parece haber llegado el turno de los mantras. Los recitan sólo algunos lamas, de memoria, con un rosario budista en la mano, a mucha velocidad y susurrando. Después me explicaron que toda la ceremonia, en esta oportunidad, está orientada hacia el “ poder que cambia y transforma ”, el fuego, la energía que destruye y crea. Los mantras que escucho son específicos para esto. Casi no puedo creer que todo ese tesoro esté en la memoria de mi computadora. Y en la mía, claro.



A las seis de la tarde, puntualmente, la ceremonia concluye.

- Así sea - dice el lama jefe.

Mientras guardo el equipo se me acerca Carlos.

- Che Mario, mirá, ojo con usar lo que grabaste, puede ser peligroso, las canciones está bien, pero los mantras no, tienen mucho poder y están prohibidos, así que no se deben divulgar de ninguna manera - y se va, haciendo sonar sus sandalias en el templo casi vacío.

Me quedo como una estatua (la estatua de un tonto), con el micrófono en la mano. Después me digo que está bien así, que lo importante es la experiencia y que debe haber alguna razón importante para que Carlos me haya dicho eso. Termino de juntar mis cosas y salgo al patio. El sol está ya en el horizonte. Justo en ese momento pasa el lama jefe D'jombi. Le digo que se quede tranquilo, que no usaré los mantras. Me mira sonriendo sorprendido y me responde:

- ¿Y por qué no? Usar, Mario, usar, es para bien de la gente, muy majo, muy majo.

Lo saludo y le agradezco. Me acuerdo de un amigo que decía que si se quiere saber sobre el circo es mejor hablar con el director y no con los monos. En otras palabras: es mejor beber de la fuente .



Saco algunas fotos y salgo del monasterio un poco cansado pero contento con la experiencia. Hace frío en los Pirineos. En el camino de regreso, mientras el jeep se mueve como una coctelera, empiezo a escuchar la grabación con los auriculares. Perfecta, ideal para ser usada como material de estudio.

En el pueblo me esperan los amigos, nos reuniremos en una hostería. Me prometieron el mejor vino tinto de La Rioja. Buen remate después de nueve horas de ceremonia. Parece que todo fluye bien este domingo: la cultura milenaria de los mantras y la del buen vino, sin antagonismos entre una cosa y la otra. Allá voy.

